



Núm. 24. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Junio 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
<i>Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos</i>		<i>Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.</i>		<i>Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.</i>		<i>Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.</i>	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		Haciendo la suscripción por medio de los Correosales:	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 1,75 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,50 pesetas.
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »	Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »	Seis meses... 7,00 »	Provincias: Tres meses, 5,00 id.		Provincias: Tres meses, 4,50 id.
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »	Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »	Tres meses... 3,50 »			
Un mes... 3,00 »	Un mes... 3,00 »	Un mes... 2,00 »	Un mes... 2,00 »	Un mes... 1,25 »			

SUMARIO.

Tomás Dikson, por la Condesa de Araceli. — *La Virgen del Mar*, por Adela Sanchez Cantos. — *Don Gaspar Bono Serrano*, por Domingo Hévia. — *Clemencia*, por Isabel Cheix. — *Bibliografía*, por Vicente Cuenca. — *La casa del Petrarca*. — Cuadros bíblicos, por Nicasio Alvarez. — *El arte cristiano*, poesía, por Antonia Diaz de Lamarque. — *Rimas*, por E. M. Gonzalez del Valle. — *El Antifaz de terciopelo*, por E. Feijóo y de Mendoza. — *Explicación del figurin*. — *Historia natural*, por Felicia. — *Variedades*. — *Correspondencia*. — *Charada*.

GRABADOS.—Tomás Dikson. — La casa del Petrarca. — Cuadros bíblicos. — El ciervo. — El corzo. — Rodaja para sacar patrones.

TOMÁS DIKSON.

EL PADRE DE LOS POBRES.

Entre el ruido metálico del oro y el estrépito de las máquinas industriales, aún se escuchan los ecos de las voces agradecidas que proclaman algunos nombres, únicos que debieran ser célebres en los fastos de la historia: los de los bienhechores de la humanidad, de los amigos de los pobres.

Sir Tomás Dikson, que acaba de morir en Boston á la edad de 98 años, ha dado un vivo ejemplo de lo que puede ser un hombre, y hasta donde puede elevarse, si le guían la fe y la caridad, si inflama su pecho el amor al bien.

Su vida fué sumamente dramática: oriundo de una nobilísima familia del Condado de Kent, en Inglaterra, pasó los primeros años de su vida en un magnífico palacio que descollaba cerca de una pintoresca aldea escondida entre el follaje. Su caridad era inagotable, su humildad proverbial en toda aquella comarca. Su primera desgracia tuvo origen de la misma generosidad de su alma. Habiéndose incendiado una cabaña, se arrojó entre las llamas para salvar la cuna en donde había quedado olvidado un niño, y se carbonizó una mano.

Entonces contaba apenas doce años.

Más tarde perdió á sus padres, y un injusto pleito le privó de toda su fortuna.

Había colmado de beneficios á los pobres, y los pobres

no se le mostraron ingratos ni le abandonaron en su desventura.

Cotizaronse entre sí, y le facilitaron dinero para que fuese á Londres y pudiese abrazar una carrera.

Tenia Dikson talento y aptitud para los estudios; pero deseoso de corresponder cuanto antes á los beneficios recibidos, abrazó la más lucrativa del comercio, y en bre-

angustioso desconcierto.

Una caída de caballo había ocasionado aquel accidente desgraciado, que arrojaba á un hombre lleno de salud al borde de la tumba.

Dikson se sobrepuso al aturdimiento general, dió órdenes, ejecutó por sí mismo la primera cura, interin llegaban los médicos, y mostró tal inteligencia y actividad,



TOMÁS DIKSON.

ve pudo dotar á su pueblo con un hospital, una escuela y un asilo para los ancianos y los huérfanos.

Entonces, y solo entonces, pensó en casarse y en tener una familia; pero Dios, que sin duda queria que llevase á cabo su noble y generosa mision, le arrebató en tres dias á su esposa y á su único hijo.

La tristeza que esto le causó le condujo al borde del sepulcro, y como nunca se presenta sola la negra desventura, quiebras desastrosas de otros comerciantes le arrebataron aquella fortuna, adquirida al precio de su actividad y su trabajo.

Como Job, alzó los ojos al cielo, y bendijo al Señor que le enviaba tales pruebas.

Podia volver á su aldea, en donde todos se hubieran apresurado á socorrerle y consolarle; pero quiso luchar otra vez contra la suerte. Se embarcó para el Nuevo Mundo, recorrió sus ciudades más populosas, ejerciendo todas las profesiones honradas que le podian proporcionar el pan de cada dia; pan que más de una vez se quitó de los labios para dárselo á otros más necesitados que él. A todas partes le siguió la fama de sus virtudes, y ya entonces se le llamaba *el amigo de los pobres*.

En Boston debia sucederle su última aventura y fijarse el destino de su vida.

Pasaba un dia por una calle solitaria, oyó un confuso concierto de lamentos, que partia de una casa cercana, y se precipitó en ella, siguiendo, como siempre, el generoso impulso de su alma.

Allí se ofreció á su vista un tético cuadro. Un hombre espirando, á sus piés una jóven anegada en llanto, criadas y criados que iban y venian en medio del más

que nadie pensó siquiera en preguntarle por qué se abrogaba semejantes facultades.

Por una extraña coincidencia, el moribundo era aquel pariente avaro, falso y cruel que le había arrebatado injustamente la herencia de sus padres. La codicia que le había inspirado el crimen, le había impulsado á abandonar su patria para triplicar su caudal en los ricos venenos de América.

Pero no se ven lo mismo las cosas de este mundo á la luz del sol, que á la luz siniestra del sepulcro. Antes de morir reconoció su culpa, y quiso espiarla devolviendo á Dikson su fortuna y nombrándole tutor de su hija única.

Para colmo de felicidad, aquella niña, enamorada de las virtudes de Tomás, se convirtió en su mujer, para compartir con él la honrosa tarea de socorrer á los desgraciados.

Desde entónces, el suntuoso palacio en el que ambos habitaban, fué el lugar de refugio á donde acudían cuantos tenían necesidad de auxilios ó consuelos. Allí, en donde las catástrofes ocasionadas por los incendios y los choques de los trenes en los ferro-carriles son tan frecuentes, hay mucho bien que hacer para los que tienen un alma generosa y compasiva.

Dikson fundó muchos asilos benéficos, instituyó premios para los jóvenes estudiosos, y otros para estimular á la virtud. Se llenarían muchas páginas si se quisiesen enumerar los beneficios de que colmó á las clases menesterosas.

Dios premió su caridad con una vejez apacible y exenta de inquietudes. Vivió como los patriarcas, rodeado de muchos hijos: y cuando murió, los habitantes de Boston, no solo vistieron de luto como si se tratase de un luto nacional, sino que le elevaron un soberbio mausoleo, grabando en su lápida con letras de oro: *Aquí yace Tomás Dikson, el bienhechor de la humanidad, el padre de los pobres.*

¡Dichoso quien pudiera imitarle en vida, y obtener los honores de su muerte!

LA CONDESA DE ARACELI.

LA VIRGEN DEL MAR.

Era una horrible noche del mes de Diciembre del año 1502: el negro manto de la tormenta se extendía por doquier dejando en sombría oscuridad las calles de una gentil ciudad, ambicionada y poseída en la antigüedad por los romanos, admirada más tarde por los árabes, sus constantes adoradores, orgullo hoy por la hermosura de sus mujeres, por lo bello de su puerto, de la parte más encantadora de nuestra España, de la ardiente Andalucía.

Las olas batían con espantoso estruendo los muros de la bella ciudad, produciendo un ruido atronador, que repetido mil veces por el eco de la noche, llevaba al ánimo de los que velaban el espanto y el temor; el trueno retumbaba en el espacio, cosa muy común en la ciudad que nos ocupa; el relámpago iluminaba las almenas de sus casi destruidas torres, el huracán silbaba y hacía oscilar los pobres restos de la que sirvió de gran defensa, de la que fué la Torre-García, y que á pesar de su mal estado, era la constante centinela de la antigua Puerto Magno, de la Virgi Romana, de la moderna Almería.

En aquellos tiempos de traiciones moriscas, en los que era muy general ver arrojarse de pronto sobre la ciudad hordas de infieles, que zarpan á su hermosa playa sembraban entre los tranquilos habitantes la muerte y el terror, se hacía indispensable una gran vigilancia para evitar tan desagradables sorpresas, era necesario un constante atalaya que á la ciudad avisara cuando en el límite del horizonte descubriera la velera nave árabe; para esto servía, aunque algo destruida, la antigua Torre-García, la que aparecía en medio de la oscuridad de aquella tormentosa noche como un gigante que cariñoso velaba el sueño de la ciudad: á la luz del relámpago que el espacio iluminaba, se veía á un hombre que, reclinado en las rotas almenas de la torre, fijaba su mirada en las inmensas montañas de agua que hasta el cielo se alzaban; miraba al inquieto mar y meditaba, quizá pensaba en la triste soledad que siempre lo rodeaba, quizá pensaba en los peligros de estar constantemente solo; tal vez aquel hombre rudo, filósofo sin saberlo, dominado por la solemnidad de la tormenta, al ver la terrible grandeza de los elementos enfurecidos, hiciera amargas comparaciones con las pasiones humanas, y al sentirse herido por la luz vivísima del rayo que se desprendía de las nubes cargadas de electricidad, le parecería el choque de esas pasiones que el mundo llenan de chispas eléctricas.

Aquel hombre era el guarda Andrés de Jaen que solía velar para que la inquieta morisma no se aprove-

chara de aquella noche terrible: un brusco cambio de los elementos sacó al pobre guarda de sus sombrías reflexiones; cuando la tormenta era más rúica y los truenos con más frecuencia se sucedían, en los límites del horizonte en donde Andrés fijaba su vista, se notó un movimiento extraño, las apiñadas nubes se fueron abriendo como si por entre ellas apareciera la rosada aurora, cesaron los truenos, se calmaron los elementos como obedeciendo á una señal misteriosa, y por entre el marco de purísimo azul que las nubes al entreabrirse dejaron ver, apareció una claridad deslumbrante que, cual si fuera mensajera de dulce consuelo, llenó el alma de Andrés de inmensa ventura; paseó su mirada por el espacio asombrado de aquel cambio solemnemente y repentino; se fijó en aquella luz extraña, sin comprender de qué provenía, y sintió una conmoción indefinible; la claridad se acercaba haciéndose cada vez más perceptible, más radiante, y el guarda corrió á la playa ansioso de comprender aquel raro fenómeno, pero allí otra nueva sorpresa aguardaba al buen Andrés: en las primeras arenas de la playa había una imagen hermosísima de la Virgen María, de la que con sus lágrimas nos redimió; sus divinos labios parecían sonreír al honrado guarda, y éste, dominado por una dicha inefable, cayó de rodillas, besó los pies de la imagen, y en aquella sublime soledad, teniendo delante la inmensidad, detrás una ciudad dormida, á su lado una imagen sacrosanta, dirigió al cielo una ferviente oración dándole gracias por merced tan inesperada; su voz retumbó en la soledad de la noche expresando su agradecimiento: terminada su oración cogió la imagen en sus robustos brazos, y dando gritos de alegría la condujo á su atalaya.

Cuando el sol asomó su disco de fuego por el Oriente, cuando la bella aurora desvaneciendo las sombras de la noche, bañó la tierra en su luz purísima y llevó al alma de los campesinos el placer, la alegría que difunde por doquier el astro rey cuando su faz deslumbrante á la humanidad enseña, cuando amaneció, en fin, y los Almerienses se preparaban para dedicarse á sus campestres faenas unos, á sus particulares ocupaciones otros, el buen Andrés de Jaen corría presuroso á dar parte de su divino hallazgo; más ¡ay! el clero catedral lo acusó de visionario, y el pobre torrero, con el corazón oprimido, acudió al convento de Dominicos; el prior lo escuchó con admiración, y poco después iba seguido de algunos frailes en busca de la santa imagen.

Andrés se adelantó lleno de alegría, subió á la torre y asomó por una ventana la imagen divina de María, los padres retrocedieron llenos de asombro, y dominados por el placer y la gratitud, hincaron en tierra las rodillas y un coro de voces dirigió sus preces á aquella Virgen purísima que tan gran merced les concedía: pasada aquella explosión de entusiasmo, el torrero bajó la imagen y la colocó con sumo cuidado sobre la mula del prior y entre los brazos de este que la esperaba con ansiedad y la sujetó con respeto. Todos los habitantes de Almería se agolpaban entre tanto á sus puertas enterados del suceso y ansiosos de contemplar la imagen aparecida; todos los rostros brillaban de alegría, en todos los corazones palpitaba la esperanza; la multitud se apiñaba, se codeaba y esperaba impaciente; al fin apareció el padre Juan de Baena con su preciosa carga, y de la multitud salieron murmullos de gozo, las cabezas se inclinaron, las rodillas se doblaron y el prior pasó por entre todo un pueblo que de rodillas saludaba á su futura patrona, á su constante protectora: antes de llegar al convento quiso el cabildo de la catedral quitar al prior la santa imagen, pero como si una fuerza superior impulsara á la mula que la conducía, arrolló á todos los que la sujetaban, corrió sin freno, y saltando las tapias del convento, dejó á la Virgen en su sagrado asilo; el prior la presentó á la comunidad y en procesión la llevaron á la iglesia del convento, en donde hoy se venera.

Desde entónces la Virgen María Santísima del Mar, fué patrona principalísima de Almería, Huerca y Viator, declarada tal por un Breve del Papa Pío VII, dado el 20 de Mayo de 1806.

Desde el día que la Virgen apareció en las playas de la bella Almería, ella ha sido la madre de los desgraciados, el consuelo de los afligidos, el amparo de los necesitados, la eterna esperanza de los que en su privilegiado suelo tienen la dicha de ver la luz primera; reciba la milagrosa imagen este recuerdo de la que en su infancia alzó su voz en su sagrado templo; recíbalo como débil muestra de la constante adoración que mi alma creyente rinde á la primera imagen que mis ojos vieron, á la sagrada protectora de la ciudad, en donde trascurrieron las horas tranquilas de mi niñez.

ADELA SANCHEZ Y CANTOS.

DON GASPAR BONO SERRANO,

(Continuación.)

XVI.

Hemos dicho anteriormente, que estando de paso en Zaragoza el Sr. Bono Serrano, para ir á incorporarse á su batallón, que operaba en el teatro de la guerra, publicó algunos versos que manifiestan la amarga pena y sentimiento del Vate, al considerar las escenas horribles de sangre y muerte que le aguardaban en las provincias Vascongadas, Navarra y quizá en otras partes. Al número de dichas composiciones poéticas pertenece el siguiente soneto.

AL EBRO.

Magestoso y celebrado río,
Que diste nombre á la inmortal España,
Y riegas hoy ufano la campaña,
Tumba inmensa del galo poderío;

Las lágrimas que vierte el dolor mío,
Con plañideras voces acompaña;
Así perpétuas flores y espadaña
Solemnicen tu régio señorío.

Muévate á compasión mi triste duelo,
Que de tu margen van por la espesura
Publicando los ecos de mi avena.

Solo á tí es dado dispensar consuelo
Al infeliz, que en tanta desventura
No tiene á quien fiar su ruda pena.

También dió á luz nuestro fecundo escritor por entónces estos otros sonetos.

A LA POETICA DE MARTINEZ DE LA ROSA.

Ó tú, que extraviado hasta el presente,
Buscaste en vano la mansión de Apolo,
Tras la hiedra inmortal que riega solo
Del Permeso la diáfana corriente;

Con tu constancia y tu valor ardiente
Conquistarás un prez de polo á polo,
Mas digno que la arena del Pactolo,
Adornando por fin tu docta frente.

Pues el cantor del Dauro cristalino
Sentado con el Dios en su alta cumbre
A la par de Luzán y Garcilaso,

Te facilita el áspero camino,
Con mil destellos de celeste lumbre
La senda iluminando del Parnaso.

A D. MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

REGALÁNDOLE UN EJEMPLAR DEL CANTO Á LA VIRGEN DEL PILAR.

Tú, cuya cuna defendió María
Con su augusta columna protectora
Desde el feliz momento que la aurora
A tu primer vagido sonreía;

Oye, querido amigo, la voz mía,
Al recordar con júbilo la hora;
En que del cielo quiso la Señora
Visitar á sus hijos algún día:

Pues al sublime trovador, que tanto
Con orlado laud al patrio Ebro
Envanece glorioso y alborozado:

Debe tan solo dedicarse el Canto,
En que con labio tímido celebros
El mas alto blason de Zaragoza.

Príncipe y Bono Serrano cultivaban las letras en aquella ya lejana época con igual ardor y constancia. La tierna amistad que se comenzaron á profesar mutuamente desde entónces los dos vates aragoneses, no se alteró jamás ni por el trascurso del tiempo, ni por la ausencia, ni en fin por ningún otro incidente desagradable. Treinta años después de aquella fecha, el Autor del *Conde D. Julian*, residente en Madrid, postrado ya en su lecho de muerte, pronunció con tierna efusión el nombre de su fiel amigo D. Gaspar, mandando á su desolada familia, que lo llamasen inmediatamente, para morir cristianamente en sus manos. El Sr. Bono Serrano empero se hallaba entónces en Aranjuez, de jornada con la Corte, como Capellán de Honor de Palacio. En defecto suyo fué llamado el Teniente Mayor de la Parroquia de San Márcos, y el honradísimo y religioso Príncipe, después de recibir los Sacramentos, espiró tranquilamente, edificando á todos con su resignación y piedad cristiana.

Al mismo tiempo que Bono Serrano conoció y trató por primera vez al poeta ilustre de la populosa Caspe, (tan próxima á la ciudad de Alcañiz), contrajo amistad igualmente con D. Manuel Lasala, D. José Huici, D. Braulio Foz y otros escritores, residentes entónces en la capital de Aragón. Se presentó en aquella ocasión al Capitán general de aquel antiguo reino D. Francisco Serrano, con

una carta del Comandante general del bajo Aragon, al cual habia dedicado un poemita el Cantor del Guadalupe. Era á la sazón Ayudante de órdenes al lado de su padre el jóven D. Francisco Serrano y Dominguez, Capitán general de los ejércitos españoles años despues y Regente del reino. Tanto el anciano Mariscal de Campo, como su hijo, manifestaron desde entónces la más constante y benévola simpatía al sacerdote alcañizano, como ha dicho este posteriormente, lleno de gratitud, en las páginas de su *Miscelánea religiosa, política y literaria*, impresa últimamente en Madrid.

Finalmente, en vísperas ya de salir de Zaragoza para Soria, publicó en aquella ciudad un romance histórico titulado: *Entrada de los aragoneses y catalanes en Atenas*. Copiaremos algunos de sus patrióticos versos. Comienza así:

Entró feliz en Atenas
La falange celebrada,
Que luce en sus estandartes
Las aragonesas barras.
Todavía sus proezas,
Que ha visto la madre patria,
Regocijan al cristiano
Y á los árabes espantan;
Todavía su denuedo
Sirve de robusta basa
De Sicilia al trono augusto,
Á despecho de la Francia;
Cuando tras nuevos blasones,
Vuelan á region lejana,
Viendo en el suelo nativo,
Que la paz tiende sus alas.
No bien de Mesina el faro
Pierden de vista, y la playa
Pisando opuesta, los bronce
Rompen sonoros la salva;
Cuando al amago tan solo
De sus vencedoras armas,
El terror y abatimiento
Aquí y allí se propagan.
Retumba el clarín de guerra,
Y las huestes otomanas,
Y toda la Grecia junta
Al español amenazan.
Más cual de hinchados torrentes
Resisten la furia brava
Tras diluvial aguacero
Los riscos de la montaña;
De los batallones turcos
Y griegos las oleadas
Estréllanse repetidas
Por la española pujanza.
Dilo, famoso Meandro,
Que en el fondo de tus aguas
Pavorido sepultaste
Mil sangrientas cimitarras.
Dilo, cavernoso Tauro,
Cuyas piníferas faldas
Tus defensores muriendo
Matizaron de escarlata.
Díganlo, en fin, los vergeles,
Y amenos campos de Tracia,
Que de Aquiles á los nietos
Vieron volver las espaldas,
Donde de Orfeo el Divino
Sonó la citara blanda,
Con su armonía encantando
Arboledas y cascadas.
Y tú, Galípoli amiga,
Tú presenciaste la hazaña,
Admiración de valientes,
Digna de sublimes almas;
La que en siglos posteriores
El gran Cortés imitara,
Desafiando las iras
De las hordas mejicanas.
Tú á los campeones viste
Echar á fondo la armada,
Solo de victoria ó muerte
Quedándoles la esperanza.
De entónces, sin más apoyo
Que su acero y su constancia,
Ni más muros que sus pechos
Sostuvieron la campaña.

Despues de algunos versos que omitimos, dice el Vate:

De mil enemigas huestes
Las banderas arrolladas,
Los baluartes asaltados,
Y escaladas sus murallas;

Los españoles ceñidos
De florecientes guirnaldas
En la memorable Atenas
Hacen su triunfal entrada.
En vez de atronar horrible
El ronco grito de alarma,
Los himnos de la victoria
Suenan en calles y plazas.
El grato rumor despierta
A mil sombras venerandas,
Que los clarines un día
Fatigaron de la Fama.
De sus respetables tumbas
La sien gloriosa levantan,
Y saludan á los bravos,
Admirando sus hazañas:
Venturosos vencedores
A cuyo valor consagran
Los manes de otros guerreros
Noble feudo de alabanza,
Venturosos vencedores,
Que tras cien y cien batallas,
De sus frondosos laureles
Hoy á la sombra descansan.

(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

CLEMENCIA.

(Continuacion.)

XVII.

—Magdalena, dijo un día D. Félix á la mandadera, es preciso que me proporciones una entrevista con Clemencia.

—Señorito, esto es imposible. Ni sale de casa, ni se separa un momento de su padre.

—Pues busca un medio cualquiera para que consienta en dar un paseo; en el concepto de que si no me sirves, buscaré alguien que tenga más influencia con ella.

—Difícil sería eso, porque no trata á nadie; las pocas amigas que la visitaban la han abandonado del todo y ella está cada día más postrada.

Un suspiro contenido levantó el pecho de D. Félix.

—En fin, Magdalena, murmuró, yo confío en tí, haz lo que puedas.

Y acompañó estas palabras con algunas monedas que la avara y miserable mujer se apresuró á guardar.

—Muchas gracias, señorito, dijo con servil sonrisa; dentro de un par de horas podré darle á V. noticias ciertas de si consiente ó no; yo la acompañaré si decide salir; pero puede V. estar seguro de que no oigo sino cuando quiero.

Un gesto que Félix no pudo ni quiso evitar, probaron que aun cuando su amor desesperado le impulsaba á extremos indignos de su nobleza y honradez, la vista de aquella mujer le repugnaba hasta lo infinito.

Judas debió dejar numerosos hijos, porque esta raza se ha multiplicado de una manera asombrosa; donde quiera que se halle la hermosura, la virtud, la inocencia y la tranquilidad, puede apostarse ciento contra uno á que anda cerca algun Judas, dispuesto á continuar con aquellos tesoros su eterno é innoble comercio.

XVIII.

—Señorita Clemencia, decia aquel mismo día Magdalena á su ama, no tiene V. perdon de Dios en dejarse morir así.

Clemencia, que trabajaba con fatiga, alzó la cabeza.

—¿Y qué se ha de hacer? repuso con su dulce y triste sonrisa.

—Al ménos tratar de distraerse; está V. siempre encerrada entre estas cuatro paredes con el amo, que ni lo repara siquiera: vamos, señorita, ánimo; la tarde está muy hermosa y puede V. dar un paseito por los jardines del Alcázar.

—Pero habrá gente; esto me cansa, Magdalena.

—No hay nadie, señorita, nadie absolutamente. Está prohibido entrar sino en señalados dias; pero mi comadre, que es la mujer del jardinero, puede hacer que disfrutemos en completa soledad este ratito de distraccion. Además, como sabe que está V. enferma y que le gustan tanto las flores, la cogerá un ramo hermosísimo; vamos, se decide V., no es verdad?

—Apenas puedo tenerme en pié.

—Yo la llevaria en brazos si es preciso, con tal que me dé V. el gusto de aceptar.

Clemencia dudó algunos momentos; su padre dormia la siesta en el sillón.

Magdalena tomó su silencio por un consentimiento tá-

cito, y empezó á recoger sus magníficas trenzas rubias en un peinado sencillo y gracioso.

Clemencia quiso protestar y Magdalena insistió; el cansancio del alma la hizo callar y dejarse vestir maquinalmente.

Al fin salió encorvada como una anciana y apoyándose en el brazo de Magdalena.

XIX.

El sol se ponía en su magnífico lecho de nubes color de púrpura con velos de oro; la refraccion de la luz enrojecía las copas de los árboles y perfilaba fuertemente las almenas de las murallas.

A vista de los jardines, al aspirar el penetrante perfume de las flores que los embellecian por todos lados, y que una brisa algo fresca le traía, Clemencia experimentó una pasajera sensacion de bienestar. Respiró con más ánimo, y cuando Magdalena la hizo sentar junto á un surtidor que se derramaba en un canastillo de musgo como una lluvia de oro, la pobre creyó que recibía nueva vida.

Algun tiempo despues el sol desapareció; á su rojiza claridad mudaron las tintas violadas del crepúsculo, y todos los objetos empezaron á tomar el tinte sombrío que les da la aproximacion de la noche.

La tristeza que respiran los magníficos y sombríos jardines del Alcázar, se infiltró lentamente en el alma de Clemencia; sus ideas se ennegrecieron como el cielo y la tierra, inclinó la cabeza, y se entregó á sus amargos recuerdos.

Magdalena aprovechó su distraccion, y desapareció por una calle lateral, mientras D. Félix adelantaba suavemente, sin que la hija de Leiva se apercibiera de ello.

Desde la noche en que mediaron las explicaciones de su estado religioso, no habia vuelto á verla; y por más que se figurara en su imaginacion cómo debia hallarse, fué tal la sorpresa que le causó su palidez y demacracion, que exhaló un leve grito.

Al oírlo, Clemencia sobresaltada levantó su abatida frente, y cuando le reconoció quiso levantarse y huir, pero le fué imposible.

—Clemencia, mi buena y adorada Clemencia! barbotó D. Félix, conmovido hasta el fondo de su corazón, inclinándose ante ella hasta casi arrodillarse.

El espanto no la permitió responder. Miró á D. Félix, sumiso, enamorado, más interesante que nunca con su densa palidez, y el círculo oscuro que rodeaba sus magníficos ojos negros; contó, puede decirse, los rizos de su sedoso cabello que la brisa revolvía, y al considerarlo tan bello, tan amante, tan imposible, destrozó su pecho un dolor sin nombre.

—No me acuses, continuó él; te he seguido para verte siquiera una vez y pedirte por Dios que tengas lástima de tí y de mí.

—Félix! murmuró Clemencia, si me amas como creo, tu presencia aquí me hace daño.

—Quieres que me vaya cuando al fin logro verte? ¿Cuando escucho tu voz, que tanto he deseado oír? No lo esperes, Clemencia, te amo demasiado para obedecerte; he venido para desvanecer los escrúpulos que te matan, y que todo lo olvides menos mi amor, cada día más inmenso y exigente.

Los ojos de Félix lanzaban rayos, Clemencia estaba aterrada, y su valor buscaba entre las sombras el perfil de su traidora sirvienta.

Se hubiera podido creer en un desierto, tanta era la soledad que la rodeaba, y la cual hacia más terrible su situacion, al lado de un hombre tan apasionado é impetuoso como D. Félix.

Al abarcar con una mirada rápida y segura su posicion, halló fuerzas para dominarla, porque aquel cuerpo tan débil encerraba un alma gigante.

—Mírame, Clemencia, prosiguió él tristemente; ¿no te dice mi rostro que esta lucha no puede ni debe prolongarse? Perdóname que te hable así, pero tú me obligas á ello; cuanto humanamente puede hacerse, lo he hecho para vencer la resistencia que opones á mis súplicas, y tan desesperado estoy, que me juzgo capaz de ser lo que jamás hubiera creído, si continuas como hasta aquí. Comprendo tu delicadeza, y no hay sacrificio que no esté dispuesto á hacer por ella, pero comprende tú que es preciso poner un término á la dolorosa prueba que sufrimos.

Calló Mendoza, y sus miradas ardientes devoraron algunos momentos el bello y pálido semblante de la jóven, sin que esta pudiese dominar su emocion para responderle.

—Habla, habla, amada de mi corazón, suspiró D. Félix, y tomó una de sus manos.

Pero ardía tanto, demostraba de tal manera el exceso de fiebre que tenia Clemencia, que Mendoza espantado

la soltó, y durante un segundo, la compasión habló en su alma más alto que sus insensatos deseos.

Clemencia, que leía en su corazón como en un libro abierto, aunque su pureza alarmada le exigía retirar la mano, no lo hizo porque comprendía ser el mayor de los peligros la menor apariencia de lucha, pero aprovechó la primer ráfaga de bondad y sentimiento para responderle con acento tranquilo.

—Mírame, Félix, y te convencerás de que no te habla la mujer que te ha amado, sino una sombra cuya que espía con sufrimientos inexplicables la alegría que le causaba tu amor. Soy una poca de tierra que se deshace y que no comprende nada de las exigencias que dices. La idea de que es imposible una existencia a tu lado como la desearía mi alma, ha amargado todas las horas de mi vida, y me arrastra a la tumba, que miro sin horror. Pero lo que me mataría de vergüenza sería el creer que no eres digno del exclusivo amor que te profeso, y que puedo presentar con orgullo a la faz de todo el mundo. Una palabra tuya desvanecería las ilusiones que son mi único consuelo; pronúnciala, Félix; pero sabe que Clemencia no teme a la muerte con honra, sino a la vida, si ha de ser miserable é infamada.

Lágrimas ardientes y silenciosas velaron los ojos de don Félix y cayeron en el corazón de Clemencia como gotas de fuego para abrasarle.

—Amigo mío, mi buen amigo! añadió con voz débil y fatigosa, perdóname si te aflijo.

—Perdonarte yo! balbuceó él ahogado por la emoción, cuando he causado tu desdicha con mi insensato amor! cómo me avergüenzo ante ti de mis delirantes palabras! perdóname, ya que Dios te ha dado la fortaleza de los Santos.

Y huyó sin volver la cara para mirarla.

XX.

Magdalena llegaba en aquel momento con un magnífico ramo de flores.

—Señorita, señorita, dijo con fingida alegría, mientras escudriñaba rápidamente si se hallaba allí D. Félix, y procuraba adivinar en la expresión del rostro de Clemencia el resultado de su traición; hé aquí las flores, quiere V. pasear un rato ó nos marchamos ya?

Clemencia, sin contestarla, la miró profundamente, y dió gracias á Dios desde lo último de su alma porque la había librado de un peligro, cuyo solo recuerdo la espantaba.

Pensó despedir á la mandadera y volver sola á su casa, pero se había empeorado y tuvo que apoyarse en aquel infame apoyo.

Salió, en fin, más débil y quebrantada que llegó.

Al entrar en el húmedo patio de su vivienda, despidió á Magdalena y subió la escalera sin aliento, apoyada en la baranda, para llegar hasta la puerta de su cuarto.

Al abrirla lanzó un grito, y hubiera caído al suelo si no la sostuviera un hermoso joven de apenas diez y ocho años, que al abrazarla estrechamente, repetía:

—Mi buena Clemencia, qué es lo que sufres? aquí tienes á tu sobrino Jaime, él te dará ánimo y te cuidará bien.

D. Juan de Silva reía y lloraba á la par; daba palmadas de alegría mirando al rubio y hermoso mancebo, con esa mirada de infinita ternura que ha dado Dios á los abuelos, y exclamaba:

—Mi nieto, mi nieto! Bendito sea mi nieto!

Este era el resultado de la posdata de la carta que don Juan escribió á su hijo.

(Se continuará.)

ISABEL CHEIX.

BIBLIOGRAFÍA.

FLORES Y PERLAS.

Poesías morales

POR CONSTANTINO LLOMBART Y JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE. (1).

La *Casualidad*, amable diosa protectora del periodista, con el precioso tomito FLORES Y PERLAS de los señores Llobart y Sanmartin, nos impide hoy de caer en lo serio, como dice el gran Shakespeare.

Ser poeta y maldecir de la sociedad ha pasado de moda; ser poeta y enamorar á la luna y demás satélites y estrellas, apenas si arranca un suspiro en la actualidad á las melancólicas *miss* de sotabanco; ser poeta y

En efecto, reconcentrar en una narración breve y sencilla, que exige la más rigurosa unidad, una acción entretenida, interesante y bien imaginada; desarrollar con mesura y exquisita delicadeza el asunto; dar á los actores que intervengan en él caracteres que los distingan entre sí; fin moral que resalte de la acción misma sin que se note en ella la menor violencia; estilo correcto, puro y natural, sin afectación ni agudezas epigramáticas; versificación fácil y fluida, apartada de toda circunstancia inútil al esclarecimiento de la fábula y con aquel grado de armonía que exijan los objetos mismos, es empresa árdua y espinosa y que requiere dotes no comunes en los que acometen su realización.

La manera elegante con que los Sres. Llobart y Sanmartin han dado cima á su trabajo, invención atribuida al frigio Esopo, y cuya prioridad, al menos en nuestra opinión, pueden disputarle con ventaja el indio Pilpay y el árabe Lockman, ambos distinguidos poetas de la antigüedad, prueba que contaban con medios suficientes para llevarlo á cabo con acierto.

Las fábulas que contiene la obrilla son cuarenta y ocho, pertenecientes á todos géneros, y escritas en diversidad de metros. Varias de ellas, como no podía menos, versan sobre asuntos ya tratados por Fedro anteriormente al inimitable popular Lafontaine, y cuyos más afamados continuadores en Francia, han sido, entre otros, Lamotte, Florian, Leballey y Viennet; J. Gay y Dodsley en Inglaterra; en Rusia Kryloff, y Samaniego en España. En los que entrañan pensamientos nuevos, confesamos ingenuamente que hemos encontrado originalidad en su exposición, y ese tinte de melancolía, soñadora, según la modernísima frase, hoy tan á la moda, que tanto encanto prestan á los apólogos de Hartzembuch, una de nuestras más distinguidas ilustraciones de la literatura patria, y allá en Alemania, á los grandes fabulistas Lessing y Pfeffel.

Cuando contemplamos los libros que de algunos años á esta parte se dan á la estampa, para instrucción y deleite de nuestra juventud estudiosa y ávida de investigar todo, no podemos menos de arrojarlos con disgusto por la *sabiduría* que encierran, y que amenaza á nuestra generación, por demás curiosa é inquieta de suyo. ¿Qué ignorarán dentro de poco nuestros hijos? Desgraciados de ellos, todo lo sabrán antes de tiempo, y no les quedará una ilusión cuando sean hombres.

Como Salomón, *conocerán*

desde el cedro hasta el hisopo: Dios no permita que con su nueva ciencia tengan la suerte y el fin del rey de Judea. Dichosos los que como los señores Llobart y Sanmartin y Aguirre han tenido la virtud de hacerse pequeños para instruir á los pequeños.

En nuestra juventud, la ciencia tenía muchos puntos de contacto con la del buen Sancho.

La tierra no era mayor que un grano de mostaza; pero los hombres que se paseaban por ella eran tamaños como nueces; éramos reyes de la creación, el mundo daba vueltas alrededor de nosotros, el universo se hallaba lleno de criaturas celestes, ocupadas en admirarnos y servirnos.

Hoy la tierra no es más que una invisible peonza lanzada en la inmensidad de los mundos, y el hombre un miserable grano perdido en lo infinito del espacio y de la duración. El tiempo no es nada, la materia todo, y la naturaleza ciega y sorda nos anonada y pulveriza bajo el peso inexorable de la fatalidad.

¡Cuántas gracias no damos á Dios á cada hora por ser pasablemente viejos para no tener ya tiempo ni ocasión de hacernos sabios; y con cuánto placer nos abandonamos á esos sueños que mecieron nuestra cuna, y que



LA CASA DEL PETRARCA.

azotar al vicio con la pluma, sin miedo á la cólera, á la venganza, al desden, á todos los desprecios reservados, al que esgrime con mano segura esta arma terrible, es la misión de unos pocos; pero ser poeta y mostrar á la humanidad con la obra y la palabra el buen camino en dulces y sencillos versos, apenas si se ve en los presentes tiempos.

Fieles los señores Llobart y Sanmartin á las sanas tradiciones, han seguido la buena senda, y sin miedo la indiferencia, quizás al olvido de sus contemporáneos, en su tomito FLORES Y PERLAS, en fáciles y sonoros versos, han demostrado que son ambos dignos de coronar sus sienes con el laurel del poeta.

Entre las manifestaciones de que se reviste la poesía, una de las más graciosas y que mayores dificultades presenta, es la escogida por los vates valencianos ya citados: el *apólogo*.

La misma sencillez que presenta es su más terrible escollo: causa principal á la que indudablemente debe atribuirse la escasez que en este género presenta el arte en todos tiempos y países.

(1). Madrid, librería de Victoriano Suarez, Jacometrezo, núm. 72.



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim, II, 3.
Ayuntamiento de Madrid



confiamos nos seguirán en nuestra última partida, de la que *non ha ritorno*, como dice un poeta italiano! ¿Qué nos importa á nosotros, pobres ignorantes, que la ciencia se divierta en componer y arreglar nuestro globo? Le deseamos de buena gana un completo éxito; por nuestra parte estamos ya demasiado cansados de la tierra para inquietarnos de sus revoluciones.

Permanezcamos, pues, fieles á nuestros viejos amigos los cuentos de brujas y las fábulas, y no nos avergoncemos de ello, persuadidos como estamos que lo que hay de más verdadero para el hombre no es siempre lo que ve. Si nuestros hijos se hacen sabios, no les envidiamos ciertísimamente este honor; les dejamos el derecho de aplastarnos con la superioridad de su erudición, como con la insolencia de sus cabellos negros.

VICENTE CUENCA.

LA CASA DEL PETRARCA.

A poca distancia de Aviñon, en un sitio ameno y pintoresco, descuellan el pueblo de Vaucluse, célebre por la



JUDIT EN LA TIENDA DE HOLOFERNES.

fuente de su nombre. Conduce á ella un estrecho sendero que sigue la orilla de la derecha de la vertiente del río Sorgues, mientras sobre la de la izquierda se descubre el castillo del Petrarca, que desgastado por los estragos del tiempo, casi se confunde con los áridos peñascos, en medio de los cuales levanta la cabeza. Allí conoció el cisne italiano á la hermosa Laura, esposa del Conde de Sade, señor de Vaucluse, y allí dieron principio aquellos castos é inocentes amores, que avivando la imaginación del poeta, le inspiraron los bellos versos, por los cuales mereció más tarde ser coronado en el Capitolio.

El manantial toma origen en dos grandes cavernas que se hallan al pie de una elevadísima montaña. Estas cavernas, de las cuales solo se ve una bóveda oscura y profunda, encierran un depósito de agua cristalina, que corre sossegada al través de encumbradas rocas y forma el río Sorgues.

Los peñascos que cercan su manantial describen un recinto semicircular, á cuya causa deben el valle y la fuente el nombre de Vaucluse, por hallarse aquel igualmente encumbrado de peñascos que describen asimismo una porción de semicírculos.

Después del deshielo de las nieves, siendo sus aguas más abundantes, sobremontan los peñascos por encima de las cavernas, y forman un gran número de pequeñas cascadas, que iluminadas por los rayos del sol, producen un efecto sorprendente.

Cerca de la fuente se levanta un monumento conmemorativo de Laura y del Petrarca.

CUADROS BÍBLICOS.

La lectura del bellissimo estudio titulado *Los Profetas*, que acaba de publicar el aventajado escritor D. Abdon de Paz, nos ha inspirado la idea de ofrecer agrupados en

nuestros grabados, las principales escenas de aquella sublime epopeya que empezó en el Eden para terminar en el Calvario.

Los estudios bíblicos á que consagra sus tareas el eru-



JOSÉ PRESENTANDO SUS HERMANOS Á FARAON.



MOISÉS EN EL MONTE SINAI.



LA PRIMERA CULPA.

CUADROS BÍBLICOS.

dito joven ofrecen sublimes enseñanzas, más necesarias hoy que nunca para levantar el espíritu conturbado hacia las regiones superiores. Es imposible reseñar en menor espacio y con mayor elocuencia que él lo hace, la historia del viejo testamento identificada y representada en los Profetas, avallorando su estudio aquella claridad y precisión que resulta siempre en las concepciones profundamente meditadas.

No pudiendo ofrecer íntegro este bello trabajo á nues-

tros lectores, transcribiremos tan solo los dos primeros párrafos, que podrán darles una idea exacta del todo:

«En ninguna parte del Oriente, á no ser en Canaan, surge la idea de un Dios creador de todas las cosas, padre de todos los hombres, defensor del débil contra el poderoso; de un Dios que ama y á quien se ama, que revela sus misterios y á quien se suplica en las aflicciones de la vida. Y, consecuencia lógica, en ninguna parte, sino allí, se encuentra al individuo en el completo goce de sus derechos, en la plenitud de su personalidad, en posesión de sí mismo, alentado el corazón por la fe en lo porvenir, iluminada la mente por la luz de la verdad, y movida la voluntad por fuerza incontrastable, misteriosa, que augura redención universal y bienandanza indescriptible.

La gloria revelada á nuestros primeros padres en el Eden, confirmada á Abraham y mostrada á Jacob al través de místico sueño, contrasta maravillosamente con aquella teogonía politeísta, ciega, fanática, que se muestra en el Nirvana budha, como en el cielo de Confucio, en el dualismo persa, como en la depravación religiosa de Babilonia, Nínive y Tiro. ¿Qué extraño que al pasar del *Zend-*



TOBIÁS Y EL ÁNGEL.

Avesta ó de los *Vedas* al *Pentateuco* se experimente la misma impresión que se experimentaría al pasar bruscamente de las tinieblas de la noche á los resplandores del día?

Israel, insignificante en número, solo, aislado, perseguido, cautivo, cree y espera. Hé aquí su fuerza. La luz de aquella creencia, el resplandor de aquella esperanza le ilumina, lo mismo cuando desciende con Jacob á la fértil tierra de Gesen, que cuando atraviesa el árido desierto de Farán, que cuando guiado por Jossué, ve desplomar se los muros de Jericó; lo mismo cuando es gobernado por sus jueces hasta Samuel, que cuando es regido por sus reyes hasta Sedecias; lo mismo cuando come el amargo pan del extranjero en las márgenes del Nilo, Eufrates y Tigris, que cuando lucha por su independencia comandado por los Macabeos.

¿Quién podía mantener por siempre encendido aquel fuego sagrado? ¿Quién alentar á aquel pueblo, cuando vacilaba ó caía? ¿Quién realizar aquel movimiento, como ningún otro exaltado, en el que se llevó la fe hasta el martirio y la heroicidad hasta desafiar el furor de la plebe, como la espada del tirano? Solo unas almas inspiradas por Dios, solo unos hombres capaces de penetrar las tinieblas del tiempo, más densas que las de la muerte.

Tales fueron los profetas.

¿Qué podremos añadir en elogio del joven escritor, que no resulte pálido después de la lectura de esta brillante introducción? Solo nos limitaremos pues á

enviarle sinceros y entusiastas parabienes.

NICASIO ALVAREZ.

EL ARTE CRISTIANO.

La luz del paganismo que ofrecía
Al genio de las artes sus fulgores,
Al genio de las artes que algún día
A Grecia y Roma coronó de flores,

A su fin se acercó. Plácida aurora
Se alzó de entre las horribas tinieblas
En que yacía la razón humana,
Y, venero de paz y amor fecundo,
Sol sin ocaso apareció en el mundo,
La sacrosanta Religión cristiana.

Cayeron las deidades
Que en vergonzoso culto,
Ciegas enaltecieron las edades:
No del pudor en perenal insulto
Divinizado contempló el vicio,
Ni ya el atleta fuerte,
En inútil y horrendo sacrificio,
Al César halagaba con su muerte.

El rayo puro de la nueva idea
Brindó á las artes inmortal destino,
Y al par que en justas leyes
Horizontes mostraba de ventura
Lo mismo á los esclavos que á los reyes,
Con aliento Divino
Alto ideal de célica hermosura
Al genio presentaba en su camino.

Y el genio renació, ya en sus albores
Apacible brindando
Gratos aromas en tempranas flores:
Con alas rutilantes
Pronto el espacio á dominar se atreve....
De templos mil á su poder en breve
Descollaron las cúpulas gigantes;
Con majestad los lienzos se animaron,
Y blando movimiento y donosura
Bajo el cincel los mármoles hallaron.
Y en tanto que la lira,
Pulsada por los fervidos cantores
Que con respeto nuestra edad admira,
Daba sonos al viento
Ya guerreros, ya místicos, ya graves,
Las dilatadas naves
Al Hacedor eterno consagradas,
Sacros museos, de supremas joyas
Mostrábanse ante el mundo coronadas.

A la sombra Divina
De la enseña católica, do fuente
Inagotable hallaron de belleza
Privilegiadas almas,
Fue donde conquistar con nueva alteza
El mérito logró sus dignas palmas.
Dígalos Roma: proteccion y honores
Artistas y poetas alcanzaron
De Pedro en los insignes sucesores:
Universal estímulo brindaron
Con santo amor desde su augusto sólio;
Y á la vez que corona deslumbrante
Ciñeron en el alto Capitolio
Al Petrarca y al Tasso
Y el genio honraron del sublime Dante,
Venturoso camino
Espléndidos abrian
Rico en laureles al pintor de Urbino,
Y prestaban aliento soberano
A Miguel Angel, porque en alta esfera
Su nombre esclarecido unir pudiera
A la gloria inmortal del Vaticano.

La celestial doctrina,
Que con firme poder se alzó en España,
Su antorcha peregrina
Dió á la noble ciudad que el Bétis baña:
En ella con creciente poderío
Mostró el genio sus mágicos portentos;
Retrataron las olas del gran río
Templos que son del arte monumentos;
Crecer de sus vergeles al arrullo
Vió la Atenas cristiana
Hijos preclaros que con noble orgullo
Hoy al mundo presenta;
Ilustres se elevaron;
Su patria les prestó fervido anhelo,
Y en la sagrada Religión hallaron
Estímulo perenne á su desvelo.
¡Fecunda proteccion! Tú distes vida
A las creaciones bellas
Que los lauros hispanos engrandecen;
Y, cual puras estrellas,
En el cielo del arte resplandecen.

El tiempo huyó: sus huellas destructoras
Borrando respetadas tradiciones,
La faz renuevan de los pueblos todos.
Sevilla alza la frente,
En derredor sus adelantos mira....
Acrecentar sus timbres ambiciona,
Grande al progreso aspira
Que la moderna ilustracion pregona,
Y álzase y crece... Mas las puras flores
Que brotan del espíritu elevado
Y el arte anima con vivaz centella,
¡Qué aliento bienhechor sienten en ella?

La indiferencia con su soplo helado
Marchitando al pasar frescos laureles,
Soberbia se desata:
No empero, victoriosa,
Las ilusiones todas arrebató:
Contra el desden y el egoismo ciego,
Vosotros, de las Artes protectores,
Aliento dais á su sagrado fuego.

Obras mil, deslumbrantes de belleza,
Ya en la Reina del Bétis aparecen
Que evocan sus recuerdos de grandeza:
Ya los antiguos lauros reverdecen,
No desmayeis: emulacion constante
Al artista brindad; que sus creaciones,
Más estimadas que de Ofir el oro,
Dando vida y poder á las naciones
Son de la humanidad honra y tesoro.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

RIMAS.

I.

¡Ven á mi lado, ven, en la llanura
Se respira un ambiente seductor,
Las aves cantarán tu galanura,
Yo cantaré tu amor!

II.

¡Yo velaré tu sueño
como á las flores,
La perfumada brisa
De los amores;
Como á la fuente,
El sonoro murmullo
De su corriente!

III.

¡Callábamos los dos: dentro del pecho
Sentí latir con furia el corazón;
Ella lloraba, y suspirando dije:
Adios... adios... adios...!

IV.

¡En la apacible noche,
Cuando el amor en el silencio vaga,
Escucho tu canción, que me recuerda
Horas de dulce amor y de esperanza!

¡Del mar en la ribera,
Al oír el murmullo de las aguas,
Percibo tu suspiro que me brinda
Horas de dulce amor y de esperanza!

¡Do quier tiendo la vista,
Allí te miro aparecer, ingrata;
Y es que el amor con su buril de fuego,
Grabó tu bella imagen en mi alma!

E. M. GONZALEZ DEL VALLE.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Conclusion).

CAPÍTULO XII.

DONDE EL LECTOR VERÁ CUÁLES FUERON LAS ÚLTIMAS
SÚPLICAS Y REGALOS DE MAGDALENA.

El primer cuidado de Angela fué quitarle á Magdalena el antifaz, con lo que volvió en sí.

Dirigió una mirada á su alrededor, y vió á su lado á todas las personas á quienes quería, que anhelosas la miraban, y les dijo con voz desfallecida y agonizante:

—Amigos míos, estoy contenta en este momento, porque veo satisfecho mi más ardiente deseo. El Conde y Ernestina son esposos, Oh! cuánto me alegro! Aquí se detuvo fatigada, y luego prosiguió con una voz tan baja que tuvieron que acercarse más, para no perder ninguna de sus palabras. Esta será nuestra última entrevista, mañana moriré, sí, pero confío mucho en la misericordia de Dios. Si mi vanidad causó males, mi expiación y mi agonía han sido terribles. Devorada primero por los remordimientos, y más tarde por una pasión inmensa, grande y sublime, pasión que era correspondida en el más alto grado. Vi aparecer á la cabecera de mi lecho el horrible fantasma de la muerte. Sin embargo, no me desesperé. Pedí á Dios fuerzas, y él bondadoso, me las otorgó; luché continuamente, pero vencí. Jamás me irrité contra la voluntad de la Divina Providencia, y acaté religiosamente sus deseos, mas ay! sufriendo mucho. Oh! ¡Es tan triste morir á los ventiseis años, amando tanto, y siendo amada! ¡Pero no hay recurso, lo merecí, Dios me castiga, cúmplase su santa voluntad!

Todos, todos lloraban, hasta el Conde, que acababa de lograr lo que tanto anhelaba. Mas Augusto no. Estaba poseído de una desesperación sombría y terrible. Magdalena conoció que él más que nadie necesitaba de sus cuidados y ternura, así fué que le dijo cariñosamente en voz baja:

—Mi querido Augusto, te ruego que te consueles y conformes. Es la voluntad de Dios!

—Nunca, jamás! contestó el General con desesperación: yo también quiero morir. Me mataré!

—¿Qué dices? exclamó Magdalena inquieta, ¡quitarte la vida! ¡No quieres reunirme conmigo en el cielo adonde voy á esperarte?

—Oh! Dios mío! Dios mío! gritó Ponce de Leon con la más dolorosa angustia.

La moribunda no quiso continuar tan triste conversación, y dijo á Angela:

—Querida mía, tráeme el cofre que sabes.

La Monja se levantó, y fué á un armario de donde sacó un cofrecillo de cedro con incrustaciones de nácar.

Magdalena le abrió con una llavecita de plata, y dijo solemnemente:

—Estas joyas me fueron robadas por una doncella infiel durante la época de mi riqueza y esplendor, y devueltas por ella misma, que arrepentida vino á depositarlas á mis pies hace quince días. Si yo hubiese tenido estas alhajas, añadiría con una sonrisa dolorosa, no habiera tenido en Madrid que abusar de la generosidad de Esteban. Sin embargo, es hoy para mí una satisfacción el tenerlas para poder hacerles á VV. algunos regalos.

—Augusto, prosiguió, sacando del cofrecillo una sortija de pelo con una preciosa esmeralda en el centro, toma esta sortija, es de mis cabellos, ella te consolará en mi ausencia, y la esmeralda te dará esperanza de que tras de esta vida hay otra mejor, donde todo es goce y gloria, y no miseria y polvo como en esta: allí voy á prepararte un lugar, y en ella pueden aún hacerse nuestros desposorios; pero es necesario que tengas resignación y fe. Me lo prometes? Por Dios te pido que no me dejes morir con la horrible idea de que podrás cometer un suicidio, y separarnos entonces por toda una eternidad. ¡Júrame que por mucha desesperación que te cause mi muerte no intentarás contra tu vida!

—Te lo juro! contestó el General con voz ahogada, y recibiendo el anillo arrodillado.

—Ahora les toca á mis ahijados.

Ernestina, toma tú esta pulsera, es de záfiro y brillantes; pero el mayor valor que tendrá para tí, es que fué la primer joya que yo me puse en mi infancia.

La joven esposa recibió llorando el don, besándolo religiosamente.

La enferma sacó otra alhaja del cofre, era un alfiler que le formaba una gruesa perla.

—Tome V., Conde, le dijo con voz pausada, este alfiler fué de mi padre, y yo lo estimaba en mucho; por eso se lo doy á V.

—Suarez, añadió, llamando al poeta, y dándole otro alfiler de turquesas. Este fué de mi primo á quien V. tanto quería; cuando lo ponga acuérdesse de él y de mí.

Tía mia, para V. este relicario de rubies, y para tí, Angela, esta cruz de oro, que está bendita por el Papa.

Acabada ya de hacer esta repartición quedaban aún muchas alhajas en el cofre. Magdalena lo tomó en sus manos y dijo:

—Amigos míos, ahora que dí á VV. todos una memoria mia, les diré mi última voluntad, y pido á VV. todos que rueguen á Dios por mí.

—Oh! Magdalena, exclamaron ellos, llorando, por favor no diga V. eso! Ningun mal nos hizo, y aún cuando así fuese, le tiene V. suficientemente espiado y llorado.

—No me interrumpan VV., repuso ella con dulzura, tengo aún más que decirles y me siento cada vez peor.

—Ernestina, añadió débilmente, en este cofre hay un millon en joyas, quiero que le guardes para dote de la primera hija que tengas, á quien deseo que pongas mi nombre, y si es hermosa, lo que no dudo, es mi expresa voluntad que cuelgues de su cuna mi antifaz de terciopelo negro, y cuando la niña tenga edad para comprender, la des á leer mi historia, para que vea adónde condujo á una mujer su fatal hermosura, su orgullo mal aconsejado y su loca vanidad. Me lo ofreces?

—Sí, hermana mia, contestó Ernestina, dolorosamente conmovida.

—Deseo que me entierren sin ninguna clase de pompa, prosiguió la moribunda con una tranquilidad aterradora, y que se ponga sobre mi losa fúnebre «Aquí yace una mujer á quien perdió y mató su belleza y su vanidad.» «jóvenes hermosas, escarmentad con su ejemplo.» Augusto, tú harás que se cumpla este deseo mio. No es verdad?

—Sí, respondió el General con voz ronca y ahogada.

—Ernestina, dijo Magdalena, acércate, tengo que hacerle un encargo á tí sola.

La poetisa se adelantó, pálida como una estatua de alabastro. Augusto se separó, mas de modo que podía oír cuanto dijese su amada.

—Hermana mia, dijo esta, á la nueva Condesa, deseo que me vistas tú, pues ni la tía, ni la pobre Angela tendrán valor para ello. Tú, aún cuando sientas mi muerte, no será de un modo tan intenso. Me pondrás el hábito de la Concepción, y quiero llevar en la frente la corona de las vírgenes. Tengo ese derecho, á pesar de mis muchas faltas, añadió bajando aún más la voz, y ruborizándose ligeramente. Dios me perdone esta última vanidad, que no creo reprochable, pues solo es dejar mi honra en el lugar que le corresponde. Harás todo esto, hermana mia?

—Todos tus deseos serán cumplidos como lo pides, contestó la poetisa con angustia.

—Gracias, gracias, hermana mia, dijo Magdalena.

El General no había perdido ni una palabra de cuanto la moribunda había dicho á su hermana. Al oírle dar disposiciones para su último traje, su dolor fué ya irresistible y prorrumpió con agudos ayes. El infeliz lo estaba viendo y lo dudaba aún, le parecía mentira que aquella mujer tan adorada pudiese dejarlo á él solo abandonado en este valle de amargas pesadumbres. No eran, no, las lágrimas que vertía esas lágrimas dulces de consuelo que el Dios de bondad envía para alivio de los mortales. Cada sollozo del General era un pedazo de su vida que se destrozaba, era una parte de su alma que se aniquilaba.

Todos asistían aterrados al espectáculo de un dolor tan grande, y la misma Magdalena estaba fuera de sí al comprender el sufrimiento de aquel desgraciado. Ella! que tan conforme se manifestara en un principio, empezaba á flaquear, porque los sufrimientos de la persona amada se sienten aún mas que los propios. El ángel del mal tentaba á la moribunda para llevarse su presa, pero el arrepentimiento había sido tan sincero, que Dios se compadeció de ella, enviándole una de esas ideas consoladoras y grandes que solo dá la religión. Con un arranque de sublime energía, cogió una cruz de ágata que llevaba al cuello, y besándola, exclamó con fervor:

—Dios mio! ¡dádme fuerzas, porque el enemigo me acomete! Oh! conozco que esta es mi peor prueba. ¡Augusto por compasión! Duélete de esta infeliz que va á morir! No quieras que se pierda mi alma, porque al ver tu es-

pantoso dolor estoy para blasfemar de los justos decretos de la Providencia. Retírate, yo te lo ruego. ¡Qué haces ya aquí? Estoy espirando y las horas que me restan de vida pertenecen á Dios.

—Yo marcharme! gritó el General con una carcajada convulsiva. Nó, nó! quiero estar á tu lado hasta que exhalas el último suspiro. ¡Si te quedan pocas horas de vida me pertenecen!

—Perdonadle, Dios mio, dijo Magdalena fervorosamente, perdonadle por que está loco y no sabe lo que se dice; su desesperación le impeló á desvariar. Luego añadió, dirigiéndose á él con acento solemne. Augusto, adios! adios para siempre! nos veremos en el cielo!

—No te digo que no quiero marcharme, gritó el General frenético, de aquí no me iré mientras tu existas.

—Señor, señor! dádme fuerzas, dijo la moribunda con emoción.

Dios oyó su súplica, porque Augusto la miró con desvarío, extendió sus manos hácia ella y cayó desmayado.

Aprovecharon la ocasión Suarez y el Conde para arrancarle de allí, y metiéndole en un coche lo llevaron á su casa.

Ernestina, con la Priora y Angela, se quedó á velar á la moribunda, y esa fué su noche de boda.

CAPÍTULO XIII.

MUERTE DE MAGDALENA.

El 2 de Noviembre, á las 3 de la tarde, Magdalena entregó su alma al Criador. Su agonía había empezado el día anterior á la misma hora. ¡No se había engañado la infeliz al decir que moriría el día de difuntos!

Durante las horas de su agonía, Magdalena no desmintió, ni por un instante, su piadosa resignación. Recibió con el mayor fervor todos los auxilios espirituales, confesándose de nuevo, y eso que hacia dos días que lo había hecho.

Si su vida había sido agitada, su muerte fué la de un apóstol, pues siempre tenía en sus labios el nombre de Dios y de su Santa Madre.

La Priora, lo mismo que Angela y Ernestina, estaban asombradas de tan cristiana muerte.

Cuando su dolor las anonadaba, la misma agonizante las animaba, y decía que tuviesen paciencia y resignación, porque quizá Dios al llevarla la hacia un gran favor.

Hasta media hora antes de morir conservó el uso de la palabra, y en medio de su penosa agonía no exhaló una queja, por el contrario, cada palabra era una alabanza al Ser Supremo, cada dolor un placer, que la hacia pensar que su expiación sería aceptada.

Aquella mujer se había tornado de vana en tímida, de orgullosa en humilde, porque la gracia de Dios había tocado su alma.

La Priora y Angela no se atrevían á llorar, les parecía una profanación, porque juzgaban que aquella mujer tan arrepentida, era ya toda espíritu para volar al cielo.

Ernestina, grave y triste, se multiplicaba para servir á la enferma, y adivinaba en sus ojos hasta sus menores deseos, que ella solo agradecía con una elocuente mirada.

Oh! nada podía ser mas tierno, ni demostrar mejor la grandeza de Dios, como ver aquellas dos mujeres que tanto se habían aborrecido y tanto se querían entonces.

Al espirar Magdalena, Ernestina hizo retirar de allí á la Priora y Angela, y ella, con una fuerza de voluntad admirable, cerró piadosamente los ojos de la difunta, y se dispuso á cumplir religiosamente sus órdenes. La visitó, la preparó ella sola, y no se separó de su lado hasta que la colocó en la caja, la dió el último beso, y salió del convento calenturienta y loca. Había sufrido en un día mas que en diez años de disgustos.

Cuando llegó á su casa la aguardaba otro dolor, su hermano, que se hallaba en un estado lastimoso.

Ernestina se colocó á su cabecera, y no se separó ya de su lado ni un solo instante.

El General estuvo entre la vida y la muerte, pero al fin triunfó su robusta constitución.

Cuando se encontró bueno, su primer cuidado fué ir á rezar sobre el sepulcro de su amada.

En él vió la losa de mármol blanco con la inscripción que Magdalena había encargado que la pusieran.

Lloró sobre ella muchas veces por espacio de un mes, y al fin, accediendo á los deseos de sus hermanos, después de despedirse de Angela y la Priora, partieron todos juntos para las posesiones del Conde en Andalucía.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

EPÍLOGO.

Un año después de la muerte de Magdalena, á contar día por día, se celebró en la iglesia parroquial de San Luis de Madrid el bautizo de una niña, hija de los Condes de Rosental, á la que pusieron el nombre de «Magdalena» solo y exclusivo, para que no la llamasen de otro modo.

La tuvo en la pila bautismal su tío el General Ponce de Leon, el cual creyó que aquella niña era un ángel de consuelo que desde el cielo le enviaba su pérdida y llorada Magdalena.

El día del bautizo, Augusto hizo donación de sus cuantiosos bienes á favor de su ahijada, y él mismo colocó en la cuna de la niña el célebre antifaz de terciopelo negro que había sido de su amada, porque quería en todo cumplir su voluntad postrera.

El poeta Suarez se casó aquel mismo año con una señorita gaditana de gran talento, y con ella esperaba ser dichoso.

Leocadia sintió mucho á Magdalena, y lo mismo Carlota, su otra amiga.

La Priora se murió al año de perder á su sobrina.

Angela fué elegida Priora en su lugar, con general satisfacción de toda la comunidad que la adoraba.

La antigua bordadora no pasaba un día que no orase por su amiga y su llorado amante Leopoldo.

La poetisa, convertida en Condesa de Rosental, fué acogida en Madrid con general entusiasmo entre las bellas de la aristocracia, y más entre los literatos y poetas, que no olvidaban los triunfos que había alcanzado bajo el nombre de la señora Durango. Su esposo la amaba cada día más, porque hallaba en ella reunidos, el cariño acendrado y el mas distinguido talento.

El General Ponce de Leon no se casó jamás, y se dedicó por entero á la educación de su pequeña Magdalena.

FIN DEL EPÍLOGO Y DE LA NOVELA.

E. FELJÓO Y DE MENDOZA.

Explicacion del Figurin 1080.

FIG. 1.^a—*Traje de visitas*.—Vestido de sedalina rosa adornado con terciopelitos negros dispuestos por delante en grupos de 4 hileras y sobre los paños de atrás de 6, 5 y 4 hileras. Una tira vertical orillada de ruches separa los dos adornos.

Manteleta *Fernanda*, guarnecida con entredoses de guipure y fleco. Sombrero adornado de encajes y cintas rosa.

FIG. 2.^a—*Traje de dos tonos de un mismo color*, adornado con bieses puestos en línea vertical y sujetos con botones. Abrigo *Leopoldina*, adornado de bieses de reps de seda con fleco y pasamanería. Lazo de cinta moiré con caídas en la espalda. Sombrero del color del vestido con lazos de dos tonos y ramos de flores.

FIG. 3.^a—*Traje para visitas*.—Vestido de seda pensamiento, adornado de volantes de la misma tela y guipure negro. Manteleta *Montenegro* de cachemir gris, todo bordado á punto de cadeneta y orillado con un rico guipure. Sombrero de paja guarnecido de cintas y plumas grises de dos tonos.

FIG. 4.^a—*Traje para viaje*.—Vestido adornado con bieses de seda de otro tono, orillados de guipure. Polonesa de anchas mangas que cubre casi todo el vestido, y enriquecida con un bordado al pasado. Sombrero de paja de arroz, adornado de cintas y de flores.

FIG. 5.^a—*Traje para paseo*.—Vestido de seda verde guarnecido con cinco volantes de 10 cents. de altura, el último con una cinta de terciopelo verde, que le hace formar cabeza y cinturón del mismo terciopelo con largas caídas. Manteleta *Emilia* bordada al pasado en la parte superior, adornada en la inferior con medallones calados de tul de seda y orillada con fleco rizado. Sombrero de paja de Italia adornado de cintas y rosas.



HISTORIA NATURAL.

EL CIERVO.—EL CORZO.

Es el ciervo uno de esos animales apacibles que parece que solo debieran existir para animar y embellecer las florestas. Su forma es elegante y ligera, su cuerpo esbelto, sus movimientos flexibles y nerviosos, su cabeza adornada de un bosque viviente, que como la cima de los árboles, se renueva todos los años; nada le falta para agrandar y sorprender á quien lo observa. No le basta, sin embargo, el ser bello é inofensivo para captarse la benevolencia del hombre, que le persigue en su escondido asilo, le sorprende en medio de sus inocentes amores, y no sosiega hasta cortar su cabeza enramada y ostentarla como trofeo de su victoria.

De la misma familia, aunque de una especie inferior, es el corzo; pero si es más pequeño y ménos fuerte, tiene más vivacidad, más gracia y hasta más valor que el ciervo. Sus ojos son brillantes y expresivos, su pelo lustroso, sus movimientos vivos y sus saltos lijeros é inesperados. Es mucho más astuto para burlar á sus perseguidores y hacerles perder la pista. Con este objeto va y vuelve con suma rapidez, sin moverse casi del mismo sitio, á fin de que las emanaciones que despiden se confundan, y luego emprende una rapidísima carrera, mientras los perros husmean sin poder adivinar la dirección que ha tomado.

El corzo difiere del ciervo y del gamo, tanto por su temperamento, como por sus costumbres. En vez de andar vagando por los bosques, gusta de vivir en familia, de tal modo, que el padre, la madre y los pequeñuelos van siempre juntos, sin asociarse jamás á los extraños.

FELICIA.

**

La Academia de música para señoritas, que dirige la profesora doña Amalia de Repullés, celebró el 8 de Junio los exámenes de fin de curso en el paraninfo viejo de la Universidad.

Entre las juveniles discípulas que tuvieron ocasión de lucir sus aventajadas disposiciones sobresalió la señorita Diaz de la Quintana, por la seguridad y sentimiento artístico con que ejecutó la composición *Morceau de concert*, de Ascher; compartieron con ella los aplausos de la numerosa y lucida concurrencia las señoritas Ramos en un *Capricho*, de Boramici, Ponte en un *Andante*, de Ascher, y García en la *Introducción del Rigoletto*.

Los espectadores manifestaron su complacencia á las agraciadas alumnas, arrojándolas multitud de ramos y dulces; y nosotros, que presenciábamos las felices muestras de sus precoces disposiciones, deseamos que los recuerdos de este día sirvan de estímulo á su aplicación.

**

Los célebres niños campanólogos, que nos han proporcionado solaces tan deliciosos cuando se hallaban en Madrid, acaban de adquirir un nuevo artista en miniatura. Este es Federico, el hermano menor, que solo cuenta dos años de edad.

He aquí como se expresa *El Avisador de la Coruña*, en cuyo teatro acaban de dar una serie de representaciones.

Cautiva y admira, dice, ver á este niño que todavía no sabe andar, tomar parte con sus hermanos en una pieza musical y tocar con suma precisión la parte que le está encomendada. El entusiasmo rayó en delirio, y las señoras y caballeros de los palcos les arrojaron dulces, flores y alhajas entre una salva de nutridísimos aplausos.

Se nos ha asegurado que los pequeños y simpáticos artistas, ántes de emprender su marcha á Oporto y Lisboa, pasarán á dar algunas funciones al Ferrol y á Santiago, en donde sin duda recogerán una abundante cosecha de aplausos, como la que han recogido en la Coruña.

**

PROCEDIMIENTO PARA UNIR EL CAOUTCHOUC Á LA MADERA Y Á LOS METALES.

Hoy que el uso del caoutchouc está tan extendido, se tropieza algunas veces con la dificultad de aplicarlo so-

bre las superficies de madera ó de metal. Hé aquí un cemento que pega bien á estos dos cuerpos: es una disolución de *schellac* ó goma laca en el amoniaco; se prepara este mastic, poniendo el *schellac* finamente pulverizado en diez veces su peso de amoniaco concentrado. La disolución se hace sin recurrir al calor y en el transcurso de algunos días, ó rápidamente con un poco de calor. Esta composición ablanda el caoutchouc, y despues de la volatilización del amoniaco se vuelve duro é impermeable al aire y á los gases.

**

A LOS QUE SE MAREAN.

Mr. Bessmer, industrial inglés, ha inventado un sistema de buques de vapor, gracias al cual se viaja sin sentir mareo. La parte que ocupan los pasajeros en este buque está suspendida en el interior: un aparato hidráulico neutraliza el movimiento que produce el malestar precedente al vómito. El viajero navega como sentado en un coche de Ferro-carril. El autor construye actualmente dos buques de vapor que serán para la travesía de Duver á Calais.

**



EL CIERVO.



EL CORZO.

LOS ADELANTOS EN CHINA Y JAPON.

Hong-Kon, 14 de Noviembre de 1872.—Japon. Yokohama será en breve iluminada con gas.—China. En Sang-hai se han abierto nuevas obras para el alumbrado de gas.

(Del *Overland China Mail*).

**

BATANGAS.

Nos dicen con fecha 17 del actual:

„El miércoles á las tres de la tarde nos visitó una nube de langosta que eclipsó el sol por espacio de una hora, despues de la cual desapareció en dirección segun se cree al mar.

Por lo que pudo observarse es cria de este año.

(Del *Diario de Manila*.)

CORRESPONDENCIA.

L. O. Huesca.—Para los baños de mar son preferibles los tejidos de lana á los de seda.

Los sombreros de muselina se llevarán mucho este año para niñas y para el campo, pero para viajar son más sólidos los de paja. Cualquiera que sea la hechura del sombrero, una señora de alguna edad debe ponerle bridas. Por último, las tunicas de granadina negra con listas arrasadas y guarnecidas de blondas, son un lindo complemento para cualquier traje.

Sra. Condesa de C.—Las aplicaciones de tul sobre muselina son muy fáciles de ejecutar. Despues de haber trazado los contornos del dibujo en la muselina, se coloca esta sobre el tul, que ya estará puesto muy tirante sobre un hule, se borda á cordoncillo ó plumetis, tomando á la vez las dos telas, y luego se recortan con cuidado todos los huecos en donde debe aparecer tan solo el tul. Las letras para sábanas deben ser de un tamaño regular, y

Ayuntamiento de Madrid

se bordan á plumetis, feston, cordoncillo ó arenilla. Las tiras para guarnecerlas suelen bordarse á la inglesa.

N. O. Sevilla.—Los tintes oscurecen siempre el cabello rubio; mejor son los polvos que disimulan bastante las canas. Dirijase V. á la *Catalana, Peluquería Universal*, Plaza de Santa Ana, 15, tres tiendas.

En mi nidito.—El fuego no es el mejor preservativo contra la humedad de los cuartos bajos ó las casas recién construidas.

Tome V. un vaso de zinc más ancho que profundo, ábrale V. un agujero en la base y llénelo de cloruro de cal viva, bien seca y en terrones algo porosos. Este vaso se coloca á 50 cents. de altura sobre el pavimento, y un poco en declive del lado que se ha abierto el agujero, siendo preciso poner debajo un vaso de greda, porque el cloruro absorbe tanto la humedad, que acaba por liquidarse, en cuyo caso sale por el agujero y cae en el otro recipiente. Para utilizar de nuevo el líquido, no hay más que ponerle al fuego y el agua se evapora.

La cal viva combate también la humedad, pero tiene el inconveniente de combinarse con el ácido carbónico y absorber este gas.

Veinte kilogramos de cloruro bastan para que una habitación esté seca durante un año.

En el campo.—No olvide V. que en la Plaza de Celenque, núm. 1, se hacen corsés con toda perfección y economía. Es preciso que cuide V. con tiempo del cuerpo de la niña, que acabará por ser deforme.

L. G. Balaguer.—Puede V. dirigir cuantas preguntas guste á la Directora de EL CORREO, que contesta siempre con sumo placer á las señoras que la honran con su confianza. La que no halle respuesta á su pregunta en este lugar ó no la reciba particularmente, puede tener la seguridad de que su carta no ha llegado á nuestras manos.

**

Soluciones á la charada inserta en el núm. 22 de EL CORREO, por las señoritas doña Carmen Aliaga, de Santander; doña Concepción Martínez Pedreiro, de la Coruña; doña Fernanda Añoquil, de Sevilla; doña Rosalía Blendez, de Valencia; doña Carmen Jimenez, de Zaragoza; doña María de la O Vinuesa, de Tarragona; doña Cándida Martí, de Ciudad-Real; doña Ludovica Giles, de Zaragoza; doña Benita Cifuentes, de Pamplona; y por el Sr. D. Blas Santigosa, de Barcelona, y D. Plácido Sanchez, de Bilbao.

AGUACERO.

CHARADA.

Mi primera y mi segunda
Es de todos codiciada,
Mas á muchos ambiciosos
Les suele costar muy cara.
La tercera, cuarta y quinta
Casi siempre está oscilando
A impulsos de un mecanismo
Tan preciso como exacto.
El todo, lector amigo,
Es un bellissimo pájaro
De hermoso y vario plumaje
Y por Buffon celebrado.

J. R. C.

**

La Administración de EL CORREO DE LA MODA, en Barcelona, se ha trasladado á la misma calle del Cármen, núm. 37, cuarto 3.º, en donde se servirán las suscripciones que se pidan y atenderán con suma exactitud á todas las reclamaciones.

LOS PROFETAS.

estudio crítico-religioso

POR

ABDON DE PAZ.

Precio 2 rs. Los pedidos al autor, Manzana, 13, bajo, Madrid, ó á la Administración de este periódico.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende á 6 rs., y bastará enviarlos á esta Administración para recibirla franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (ántes Hiedra).